



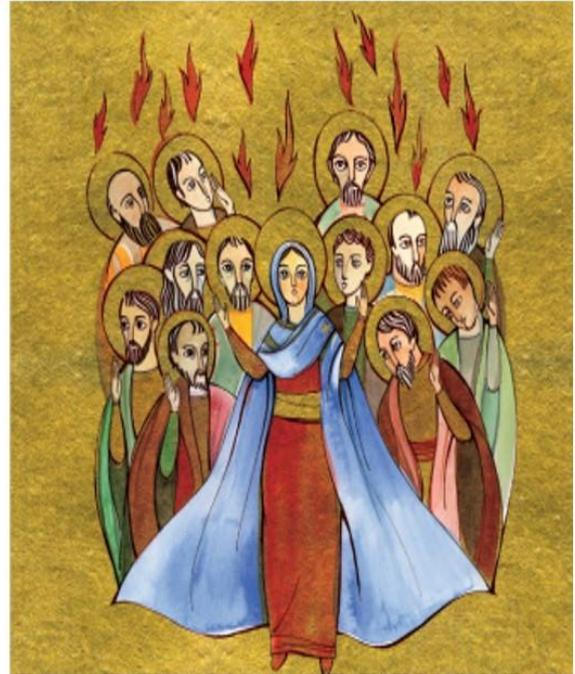
CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia

CELEBRAR Y ORAR EN TIEMPO DE PANDEMIA

**Celebración para
los hogares**

**Solemnidad de
Pentecostés**

23 de mayo de 2021



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia

La siguiente es una guía para poder celebrar en nuestras casas la solemnidad de Pentecostés, en estos días en los que se no puede participar de la celebración comunitaria de la Eucaristía de manera presencial

Los textos que están en rojo (rúbricas) no son para leer en voz alta y tienen la función de dar algunas indicaciones sobre lo que hay que ir haciendo. De acuerdo a las posibilidades de la persona y/o grupo familiar se realizará todos o algunos de los momentos celebrativos propuestos.

Para preparar antes de la celebración:

- Un lugar cómodo que permita el recogimiento y la oración familiar.
- Un pequeño altar con los elementos que a la familia le son significativos: un mantel, una vela (apagada), una cruz, la imagen de la Virgen María, etc.
- Una Biblia desde la cual se proclamará la Palabra.
- Recipiente con agua
- Perfume



Nos disponemos para la celebración

Una vez reunida la familia en torno a la Palabra de Dios se propone generar el ambiente adecuado para disponernos a celebrar la venida del Espíritu en Pentecostés. Se puede acompañar este momento con una música instrumental de fondo:

[MÚSICA PARA PEDIR EL ESPÍRITU SANTO](#) (Si hacemos click en el título de podemos acceder a la canción).

Antes de comenzar nuestra celebración, tomemos conciencia de la presencia del Espíritu Santo en nosotros, en este lugar. El Espíritu es el aliento de Dios, es el soplo del Resucitado que anima a los Apóstoles, es el suspiro de Dios sobre el barro que da vida a la humanidad.

Con los ojos cerrados, sentados cómodamente, haremos experiencia de ese suspiro de Dios en nosotros. Inhalamos y exhalamos lentamente... haciendo que nuestra respiración vaya llevándonos poco a poco al encuentro íntimo con el Espíritu que aletea suavemente sobre nosotros, como lo hacía sobre las aguas en la creación.

Mantenemos esta respiración y esta búsqueda del Espíritu de Dios que vive en nosotros, el tiempo que sea necesario. Recién cuando hemos logrado percibir esa «suave brisa» que sopla en nuestro interior, comenzaremos nuestra celebración.

Iniciamos la celebración

Luego de este momento de preparación, el adulto que guía la celebración (G) invita a todos a hacerse la señal de la cruz, mientras dicen:

G: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Familia, bendigamos al Señor que nos regala su Espíritu
y, que nos invita a compartir la mesa de su Palabra.

Todos responden:

Bendito sea Dios, por los siglos.

Recordamos nuestro bautismo

A continuación el que guía la celebración dice:

En este día queremos abrirnos al Espíritu del Padre que cuando creó todo, vio que todas las cosas eran buenas. Para renovar la creación necesitamos el don de Dios. Fue en nuestro Bautismo cuando irrumpió el Espíritu en nuestras vidas. Nos inundó y fuimos transformados, como los apóstoles, en hijas e hijos de Dios, en personas nuevas, llenas de fe, esperanza y amor.

En el bautismo fuimos perdonados, pero nuestra debilidad nos hace caer una y otra vez. Y desde el dolor del pecado nos preguntamos si sería posible volver el tiempo atrás. Nicodemo se preguntaba lo mismo: «¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?». (Jn 3, 4)

La propuesta de Jesús no es volver hacia atrás. Es una propuesta mejor: renacer, renovarse, dejarse levantar por la misericordia y seguir caminando: «Te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: “Ustedes tienen que renacer de lo alto”». (Jn 3, 5-7)

Renovemos la experiencia bautismal de nuestro nacimiento a la vida de la fe. Por medio del agua y del Espíritu recibamos el perdón que Dios nos vuelve a ofrecer.

En este momento, tomamos el recipiente con agua, y con la mano llevamos algunas gotas sobre nuestra cabeza o nos hacemos la señal de la cruz en la frente.

Para concluir este momento de reflexión se propone cantar «Ven Espíritu Santo» (Fones). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

VEN, ESPÍRITU SANTO

*Ven, Espíritu Santo Creador.
Ven, Fuego que alienta la vida.
Ven, Agua que limpia y nos fecunda,
soplo que nos hace andar.*

Empujas la historia hacia la libertad,
deshaces los miedos que atan,
derribas los yugos que oprimen la voz,
sacudes las cobardías.

Más dentro de mí que yo mismo
me habitas, Espíritu de amor,
me mueves por dentro, me lanzas a amar
me llenas de gracia y ternura.

Me alzas del polvo, me pones de pie,
me abres de nuevo el camino.
Me imprimes a fuego en el corazón
el rostro de Cristo el Señor.
Ven, Espíritu Santo Creador.
Ven, Consolador de los pobres.

Escuchamos la Palabra

Habiendo marcado previamente el texto que se proclamará, alguien toma la Biblia del altar familiar y lee la lectura de **Gálatas 5, 16-26**. Si se prefiere se puede tomar el texto que transcribimos aquí abajo.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Galacia

5, 16-25

Hermanos:

Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios, y así no serán arrastrados por los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí, y por eso, ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren. Pero si están animados por el Espíritu, ya no están sometidos a la Ley.

Se sabe muy bien cuáles son las obras de la carne: fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones y envidias, ebriedades y orgías, y todos los excesos de esta naturaleza. Les vuelvo a repetir que los que hacen estas cosas no poseerán el Reino de Dios.

Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia. Frente a estas cosas, la Ley está demás, porque los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos. Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por Él.

Palabra de Dios



Respondemos a la Palabra con nuestra plegaria

Los frutos que nombra San Pablo, no son frutos del esfuerzo del cristiano, sino frutos que producen en nosotros los dones del Espíritu Santo, cuando encuentran en nosotros una buena disposición a su obrar. Iremos pidiendo al Señor que derrame sus dones en nosotros para que demos frutos de vida nueva.

En este momento, los diversos miembros de la familia pueden ir leyendo las siguientes oraciones:

- Espíritu de **Amor**, haznos que nuestro amor sea reflejo del amor entre el Padre y el Hijo, inmenso, incondicional y personal. Que el amor sea el distintivo en nuestros vínculos, porque sin amor, nada somos.
- Espíritu de **Alegría**, otórganos un santo gozo, propio de los que viven en tu gracia, y que no nos abandone ni en las situaciones difíciles, porque tú vives en nosotros y nunca nos abandonas.
- Espíritu de **Paz**, concédenos tu paz, aquella paz que el mundo no puede dar, el lazo donde encontramos la calma que permite que nada nos turbe, ni en las circunstancias más extremas, ya que Cristo venció a la muerte y al dolor.
- Espíritu de **Magnanimidad**, que nuestro corazón sea grande para tender a Dios, relativizando lo superfluo y dando el valor justo a cada cosa. Que no nos falte el ánimo para emprender las cosas de Dios y para resistir y aguantar cuando los frutos de la lucha tardan.
- Espíritu de **Afabilidad**, haz que juzguemos y tratemos a todos con benevolencia sincera y rostro sonriente, reflejo de tu infinita suavidad. Que no nos falten las palabras amables, los gestos nobles y la hospitalidad.
- Espíritu de **Bondad**, concédenos el desvivirnos por los demás, y derramar a manos llenas, cuantas obras buenas nos inspires. Que la solidaridad y la generosidad sean el distintivo de nuestra vida.
- Espíritu de **Confianza**, ven a nosotros para hacerle frente a la tristeza y al desánimo que parecen no terminar. Que tu presencia haga brotar la confianza y que vivir con calma, aún en medio de la tormenta.
- Espíritu de **Mansedumbre**, haznos mansos y humildes de corazón, a ejemplo del Divino Corazón de Jesús, obra maestra de la creación. Que frente a la prepotencia no nos falte la dulzura en las palabras y las acciones.
- Espíritu de **Temperancia**, ayudados a conquistar nuestra propia vida, a hacemos dueños y señores de nuestra existencia, modulando nuestros sentimientos, nuestros apetitos, debilidades, y optando siempre por el bien, incluso cuando sea difícil vivirlo.



Para finalizar este momento, se invita a que cada uno piense interiormente qué fruto del Espíritu necesita más en vida mientras se puede escuchar el canto “Letanías del Espíritu Santo” (Gómez Carrillo). Si [hacemos click en el título de la canción](#) podremos acceder a la versión cantada.

LETANÍAS DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu es como el viento,
sopla donde quiere y oyes su voz,
pero no sabes de dónde viene ni adónde va.
Hay que ser como hoja seca y dejarse llevar.

Espíritu Santo, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)
Don del Amor, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)
Fuente de gracia, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)
Consolador, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)

Santificador, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)
Alma de la Iglesia, ven a nosotros...
(ven a nosotros...)

Ven, Espíritu, a nuestras almas,
quema nuestros corazones
con el fuego de tu amor.
Ayúdanos a amarnos de verdad.
Haz del nuestro un Pueblo Santo
que viva en la unidad

Ven a nosotros, alégranos,
haz que vivamos en el amor. (tres veces)

Finalizada la canción, alguno de los presentes, en nombre de todos, enciende la vela del altar, diciendo: «**Ven, Espíritu Santo, enciende nuestro corazón**», y todos repiten lo mismo.

Nos comprometemos a ser fragancia de Cristo

San Pablo dijo que nosotros mismos “somos la fragancia de Cristo” un aroma “que conduce a la vida” (2 Cor 2,15.16). El Espíritu Santo nos ha ungido con su aroma que inunda nuestra vida y hace crecer en nosotros el deseo de estar con Jesús, de ser más como él y de anunciarlo a todos. Por eso, el testimonio de nuestra vida lleva consigo el poder de cambiar la atmósfera de cualquier lugar, como cuando la mujer ungió a Jesús y “toda la casa se llenó del aroma del perfume” (Jn 12,3). Como signo de nuestro compromiso a ser “fragancia de Cristo” en nuestros ambientes vamos a realizar este gesto.

Se invita a los presentes a tomar el perfume del altar y ungirse con él la frente (o las manos, el cuello, las orejas, las muñecas, etc.) de modo que se sienta el aroma en el lugar.

Pedimos el Espíritu

Quien anima la celebración explica el gesto a realizar. Lo puede hacer con sus propias palabras o con las que siguen:

Realicemos ahora el gesto con el que los primeros cristianos significaban la recepción del Espíritu Santo: la imposición de manos.

Es posible que a alguno le parezca un gesto extraño, pero pensemos que no se trata de un gesto litúrgico dentro de un rito sacramental, sino un gesto sencillo de un bautizado que ora por otro hermano.

Lo hacemos en profundo silencio. Imponemos las manos a los que están a nuestro lado. Al hacerlo, pedimos en silencio que el Espíritu descienda sobre nuestro hermano y que lo llene de sus dones. Y si estamos solos, éste es el momento para pasar por el corazón los rostros de aquellos sobre quienes pedimos que descienda el Espíritu de Dios.



Quien anima, continúa:

Ahora, dejemos que el Espíritu que vive en nosotros nos ayude a orar al Padre, con las palabras que Jesús nos enseñó: Padre nuestro, que estás en el cielo...

Oración final

(adaptación de un escrito del Card. Pironio:

Queremos ver a Jesús. Retiro en el Vaticano)

G: Oremos.

Padre, danos la fortaleza del Espíritu Santo,
ya que en ella fuimos consagrados como profetas y testigos.
Que tu Espíritu nos enseñe a saborear la alegría de la cruz,
la fecundidad del desprendimiento,
y la suprema libertad de la pobreza.
Que tu Espíritu nos dé equilibrio y audacia
y nos comunique el coraje de Dios
para vencer la falsa prudencia de la carne
y asumir con serena fortaleza
las responsabilidades de nuestra misión.
Que tu Espíritu nos haga pobres y sencillos,
e impida que seamos flojos y tengamos miedo.
Danos tu Espíritu, Padre, para ser tus profetas y testigos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Y todos responden:

Amén.

Pedimos a Dios su bendición

Quien anima la oración, invocando la bendición de Dios, y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos defienda de todo mal
y nos lleve a la Vida eterna.

Y todos responden:

Amén.

O bien:

Que nos bendiga y nos custodie
el Señor omnipotente y misericordioso,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y todos responden:

Amén.





Para terminar la celebración se puede cantar «Envíanos Padre» (*Menapace - Maddío*) Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

ENVÍANOS, PADRE

***Envíanos, Padre, tu Espíritu Santo
que nos prometiera tu Hijo el Señor.***

Que venga a tu Iglesia
con sus siete dones
y nos dé el coraje de vivir tu amor.

Que nos dé su Ciencia,
su Sabiduría,
el Entendimiento y el don de oración.

Nos traiga el Consejo,
la Piedad de hijos,
nos dé Fortaleza y el Temor de Dios.

Sus lenguas de fuego,
repártelas, Padre,
y danos a todos la paz y el amor.

Tu Espíritu Santo
nos llene de gozo
y sea en nosotros Palabra de Dios.

También podemos rezar alguna siguientes oraciones, preparadas especialmente para este tiempo de pandemia.

Invocación del Papa Francisco a San José

Protege, Santo Custodio, este país nuestro.

Ilumina a los responsables del bien común,
para que ellos sepan - como tú - cuidar a las personas
a quienes se les confía su responsabilidad.

Da la inteligencia de la ciencia a quienes buscan los medios adecuados para la salud
y el bienestar físico de los hermanos.

Apoya a quienes se sacrifican por los necesitados:
los voluntarios, enfermeros, médicos,
que están a la vanguardia del tratamiento de los enfermos,
incluso a costa de su propia seguridad.

Bendice, San José, la Iglesia:

a partir de sus ministros, conviértela en un signo e instrumento de tu luz y tu bondad.

Acompaña, San José, a las familias:

con tu silencio de oración, construye armonía entre padres e hijos,
especialmente en los más pequeños.

Preserva a los ancianos de la soledad:
asegura que ninguno sea dejado en la desesperación
por el abandono y el desánimo.

Consuela a los más frágiles,

alienta a los que flaquean, intercede por los pobres.

Con la Virgen Madre, suplica al Señor

que libere al mundo de cualquier forma de pandemia.

Amén.

Invocación a la protección de San José Gabriel del Rosario Brochero

Señor, de quien procede todo don perfecto,

Tú esclareciste a San José Gabriel del Rosario,

por su celo misionero, su predicación evangélica

y su vida pobre y entregada;

concede con su intercesión, la gracia que te pedimos:

por su entrega en la asistencia de los enfermos y moribundos

de la epidemia de cólera que azotó a la ciudad de Córdoba,

te pedimos por nuestra Patria y el mundo entero,



líbranos de la actual pandemia y de todo mal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén